

Crónica

La mujer italiana y la guerra

Antes de la guerra la mujer italiana estaba excluida, por un sentimiento de caballerosidad, de las fábricas, de las oficinas y de casi todos los servicios públicos. Esto sucedía por lo general en todas partes, pero quizá aún más en Italia, porque la mujer era únicamente madre, hermana, esposa, o amante, y los italianos encontraban que era triste exponer el objeto de su amor al rudo contacto de la vida industrial.

¡Báñense ellos a trabajar y a ganarse la vida dejando en sus casas modestas a las mujeres cuidando del hogar doméstico. Poesía y encanto que la guerra ha deshecho. Hoy día las mujeres de Italia han reemplazado por completo a los hombres que combaten, en todos los trabajos y en casi todos los servicios públicos.

En Roma, Nápoles, Milán, Turín y en las demás grandes ciudades italianas las mujeres son conductoras de tranvías, de automóviles, burrenderas, empleadas en los Ministerios, juntas a las labores interiores de los cuarteles, carteras. Encarriadas en el severo uniforme de guerra, que las hace más bellas aún, cumplen con su deber con escrupulosa exactitud y en sus rostros se lee frecuentemente un dolor nostálgico por el hombre que está lejos en las trincheras ante el enemigo, sus corazones no vacilan nunca en el trabajo y en la espera. Son voluntarias del trabajo y también ellas consagran a la Patria el corazón y los brazos. El experimento ha obtenido un gran éxito y no hay obra alguna donde la mujer italiana no se haya revelado a la altura de la situación; en las antiguas industrias como en las nuevas, su trabajo es poderoso auxilio para la Patria en armas. El ejército de las mujeres obreras está lejos de la línea de fuego. Después de las retaguardias del frente se extienden, más extensas y no menos activas, las retaguardias industriales. Estas nobles falanges de los operarios de guerra aparecen tan numerosas y disciplina las como la otra de hombres avecinados en las trincheras.

Muchas veces su trabajo es peligroso y tiene la santidad del sacrificio; siempre en el trabajo cotidiano que prestan hay la belleza de la contribución a la causa común. Al principio no estaban preparadas para el servicio metódico y para la excesiva fatiga, pero poco a poco su voluntad tenaz ha adoptado sus delicadas manos a los trabajos más rudos y pronto fueron habilísimas en trabajar con los tornos, con los grandes martillos y con las máquinas más complicadas. Rápidamente se han conformado a la nueva vida y a los tremendos esfuerzos que requieren las operaciones de la metalurgia en grande, consiguiendo sustituir el trabajo viril y ocupar el puesto del hombre



Según la unánime

opinión de personas competísimas en la materia, Odol responde en la actualidad más que ningún otro preparado a todas las exigencias de la más rigurosa higiene y por tanto debe considerarse como el mejor de los dentífricos conocidos hasta el día.

produciendo como él y en la misma medida.

En las largas galerías de máquinas donde es tan alto el estrépito y continúa la agitación de la maquinaria, trabajan encorvadas sobre los tornos, ocupadas junto a los grandes martillos, alineadas a lo largo de los bancos; fabrican con cuchillos y escarpelos mecánicos proyectiles de cañón de todo calibre. Igualmente bien trabajan en los ciclópeos hornos junto a las grandísimas prensas hidráulicas, gobiernan las manivelas que ponen en acción las máquinas poderosas; vigilan el trabajo envueltas en humo y chispas, como en un infierno dantesco y ayudan a los hombres a transportar en las vagonetas los grandes bloques de acero o bruto.

Visten una combinación de tela oscura consistente en un traje entero en que los pantalones están unidos al corpiño. Este disfraz de guerra confiere a las bellas un mayor encanto y a las que no lo son tanto les presta gracia. En los trabajos delicados como en los rudos, la mujer italiana conserva casi siempre su coquetería y entonces la combinación es azul, con alguna que otra mancha de aceite o de barniz y un corte bastante bien hecho; otras veces por el contrario cuando están tristes y quieren abandonar toda coquetería, peinanse sencillamente anudándose el pelo en la nuca, se cubren la cabeza con un pañuelo y parece apoderarse de ellas una nueva coquetería, la del unto y la del negro de humo; su rostro, sus brazos, sus manos ostentan el negro de la carbonilla y la femineidad revélase únicamente en el modo de arrastrar los grandes zuecos.

Antes de salir por la noche se arreglan, visten nuevamente los trajes femeninos y rose las conociendo salen en grupos dirigiéndose a sus casas donde esperan los niños y los abuelos, únicos guardianes del hogar doméstico. La mujer italiana en este nuevo aspecto de la vida ha triunfado por esa exquisita capacidad de adaptación que es virtud de nuestra raza latina y asegura la posibilidad de instruir, de com-

prender, de apoderarse de una función cualquiera con el único subidío del ejemplo, sin necesidad de profunda y teórica instrucción.

Se ha dicho frecuentemente por quien no conocía a los italianos, que eran éstos en su mayoría artistas demasado artistas individualmente para constituir una colectividad de obreros modelo, disciplinados, precisos y hábiles concedores. Pues bien, después de esta visita al frente industrial italiano, puedo asegurar que después de los hombres las mujeres han demostrado lo contrario. La genialidad individual no es óbice sino que ayuda a las grandes actividades de conjunto y los artistas pueden convertirse en proyectos obreros y soldados valientes, de la misma manera que las esposas y madres de familia pueden donde hace falta, sustituir admirablemente a los hombres ausentes. Esta es tal vez la mayor fuerza de España, Italia y Francia. Yo creo que el porvenir dirá que la mujer por su índole, por su mayor agilidad, por su régimen de vida y por su tranquila constancia tiene cualidades superiores en el trabajo, a las del sexo masculino.

Todas las mujeres italianas trabajan hoy febrilmente e incluso, las venecianas, que parecía que no habían de poder nunca abandonar sus *loggie* maravillosas y la dulce contemplación de la laguna, han adoptado voluntariamente el traje de guerra. Lo que no han perdido es la belleza y estas obreras venecianas son igualmente fascinadoras que sus antepasadas en tiempo del Tiziano. Entonces en las terrazas dejaban secar sus cabellos durante largas horas después de haberlos bañado en el líquido misterioso que daba el rubio veneciano exigido por la moda del tiempo, hoy sucerradas por completo en los graciosos pantaloncillos del uniforme de trabajo demuestran el deseo tenaz de vencer a ese enemigo que ha osado profanar los monumentos sagrados de su amor.

Peter.

TRIGO SIN SALIDA

La triste suerte de un pueblo

En un rincón de la provincia, desde la cual se siente el murmullo de las aguas de Lozoya, que la divide de la de Madrid, se encuentra situado Valdepeñas de la Sierra, pródigo en productos agrícolas y principalmente en cereales, por el esfuerzo de sus naturales, más que por la fertilidad de su suelo.

El único mercado para dar salida al trigo, lo ha sido la fábrica de San José, en la provincia de Madrid, muy inmediata a este término; pero vino el acuerdo de la Junta de subsistencias de Guadalajara prohibiendo la salida de trigo fuera de la provincia, y con ello, el cierre de la única salida, quedando bloqueados estos agricultores sin que encuentren medio de reducir a metálico sus productos, toda vez que no po-